

*JACLR: Revista de Creación Artística e Investigación Literaria (Journal of Artistic Creation and Literary Research)* es una publicación bianual de la Universidad Complutense Madrid que aparece en texto completo, acceso abierto, y revisada por pares. La revista, publicada y editada por estudiantes graduados, ofrece trabajos de investigación, tesinas de grado y de master, junto con contribuciones originales de creación artística. El objetivo es que los estudiantes aprendan el proceso de edición de una revista científica. Los autores cuyos trabajos se publican mantienen los derechos de autor sobre los mismos para su publicación posterior en otros lugares.

---

**Volumen 10 Número 2 (Diciembre 2022)**

**Guillermo Alonso Menchero**

---

**"Ensayo sobre la dinámica del vuelo (o por qué dejar atrás el pavimento)"**

---

Alonso Menchero, Guillermo. "Ensayo sobre la dinámica del vuelo (o por qué dejar atrás el pavimento)" JACLR: Journal of Artistic Creation and Literary Research 10.2 (2022):  
<<https://www.ucm.es/siim/journal-of-artistic-creation-and-literary-research>>

©Universidad Complutense de Madrid, Spain

---

**Ensayo sobre la dinámica del vuelo (o por qué dejar atrás el pavimento)**

*En un universo privado repentinamente de ilusiones y  
de luces, el hombre se siente extraño.*  
-Albert Camus, *El Mito de Sísifo*.

El pensamiento volvió a la mente de Joseph. Aquella idea siempre había estado presente en el subconsciente del tipo y, de vez en cuando, afloraba a la parte consciente de su mente. Era una idea que, cada vez que aparecía, lo hacía de forma breve, pero con la intensidad suficiente como para detener un tren en marcha. Cualquiera hubiese dicho que era descabellado, pero había estado presente en el hombre desde tiempos inmemoriales: volar.

Pero Joseph no pensaba en ello como un mero pasajero más. Sabía que tenía la oportunidad de subirse a un avión e ir a casi cualquier punto del planeta Tierra pagando una cifra desorbitada a una gran compañía. Lo que Joseph sentía de vez en cuando era la necesidad física de alzar el vuelo. La angustia dominaba su pensamiento cada vez que caminaba por el suelo duro y estable. Se notaba pesado y lento, como si su lugar estuviese varias decenas de metros por encima de las cabezas de los demás transeúntes.

La gravedad era para Joseph un ancla que mantenía sus pies pegados al suelo. Lejos de entender aquel concepto como una de las cuatro fuerzas del universo, la gravedad no era

sino el castigo que debía sufrir como ser viviente. Al fin y al cabo, el hombre siempre había buscado alzar el vuelo, ya fuese por su cuenta o con la ayuda de dispositivos mecánicos. Muy atrás quedaban las aparatosas máquinas que apenas lograban elevarse unos cuantos metros por encima de la superficie para moverse otros tantos metros en línea recta.

La ley de gravitación universal siempre fue la enemiga del loco que miraba al cielo y pensaba "*yo pertenezco a ese sitio, lejos de los peatones*". Incluso cuando ya se hubo dominado el vuelo, continuamos mirando hacia arriba, a las estrellas. Aquella última frontera parecía inalcanzable, tan solo digna de los dioses. El Universo nos abrió las puertas una vez hubiésemos aprendido a dominar el motor de reacción de propergol sólido o, en su defecto, líquido. La infinitud del Universo a tan solo unas cuantas reacciones de combustión. Pasamos a ser nosotros los que fijamos en las estrellas el límite de nuestra necesidad por volar.

Pero lo que sentía Joseph no estaba en el Universo, estaba en su interior. Si bien era cierto que la idea de detenerse unos instantes y comenzar a planear no estaba presente de forma continua en su interior, si que afloraba en los momentos de mayor hastío, él mismo era consciente de ello. Entendía que el *homo sapiens* no podía estar sentado delante de un ordenador de nueve de la mañana a cinco de la tarde con una hora, por convenio, de descanso. Miles de años atrás tan solo nos teníamos que preocupar por la supervivencia de un grupo pequeño. Dejábamos que los instintos dominaran nuestra existencia. Conseguir comida y refugio eran las mayores prioridades, ahora debíamos luchar ocho horas contra un Excel, mientras nuestra comida se deshacía lentamente en un recipiente de polipropileno.

Aquel vacío tan solo se podía llenar dejando que el cuerpo abrazase la necesidad natural que había en él, escuchar los instintos. Además, no se podía hablar de locura en Joseph, pues conocía los riesgos. Sabía, al igual que posiblemente Ícaro supiese, de los peligros que había si aquella fantasía se materializaba. Sabía que podía salir mal, podía herirse o acercarse demasiado al Sol, pero eso no era un motivo tan grande como el querer luchar contra la terrible gravedad. Aquel poder le retenía en un suelo que parecía no ser suyo, una superficie sobre la cual tan solo se podían cometer errores que desembocaban en mayores ganas de alzar el vuelo.

Esos fallos cargaban de malestar a Joseph. Perdió el trabajo poco después de una crisis económica y, acto seguido, la casa pasó a ser del banco. Lo peor de esos eventos era la frustración que acarreaban, pues él no tenía culpa alguna, tan solo una suerte terrible. El ser humano no yerra siempre consciente del fallo cometido, a veces, tan solo sucede y pasa a ser el fin de su mundo tal y como lo conocía hasta ese fatídico instante.

Precisamente por eso, los últimos meses habían sido duros para Joseph. Tomó malas decisiones que le llevaron a sentir un terrible desasosiego. La sensación de que ya no pertenecía al mundo de los caminantes. Sabía, a ciencia cierta, que, una vez estuviese surcando los cielos, sus problemas terminarían. La idea ya no era algo que apareciese de forma esporádica en lo más profundo de su mente, había pasado a ser un pensamiento que se encontraba a flor de piel. Una idea que podía sentir en cada poro de su cuerpo, como si de cada pequeño folículo brotase una voz desesperada que gritaba, angustiada, por la necesidad presente de elevarse del suelo.

Un día, Joseph habló con un buen amigo suyo de esos pensamientos. Quería conversar con alguien para que fuese consciente de sus intenciones. Sabía que era de confianza. Una

persona con los pies en el suelo, ideas seguras y decisiones estables. Joseph estaba convencido de que si hablaba con él, aquella idea desaparecería, pues lejos de lo que pidiese su cuerpo, sabía que no estaba diseñado para despegarse del suelo. Sus huesos eran muy pesados y últimamente se sentía poco aerodinámico.

- No dejes de pensar en ello, siento que si no alzo el vuelo voy a explotar aquí mismo - dijo Joseph a su amigo-. No me refiero a empezar de cero. Necesito subirme a lo alto de un edificio y demostrarme que soy capaz de volar.

El amigo dibujó una media sonrisa, no era la reacción que Joseph esperaba, pues confiaba en que su buen amigo le tomase en serio. Necesitaba aquel apoyo, y cuando se puso de pie, Joseph pensó que su locura había llegado tan lejos que ni la gente de mayor confianza era capaz de escucharle sin poner muecas.

- Pues hazlo - dijo el amigo de Joseph-. Es tan sencillo como dejarse llevar.

Tras eso, el amigo, vestido con vaqueros y jersey de punto, se quitó los zapatos y comenzó a levitar. Al comienzo, el vuelo fue apenas de unos centímetros. Pero pronto estaba dando vueltas a una velocidad pasmosa alrededor de Joseph. Iba tan rápido que apenas se podía observar la cara de satisfacción que tenía. Fueron unos minutos preciosos en los que Joseph parecía haber olvidado respirar. Cuando su amigo dejó de hacer maniobras, se posó suavemente a apenas unos centímetros de la cara de Joseph.

- Todos hemos tenido dudas, tan solo tienes que dejar que el vuelo tome el control.

Y Joseph aceptó aquel consejo al pie de la letra. Ni siquiera se despidió de su amigo. Se fue corriendo de aquel lugar maldito, cuna de su locura. Tan rápido que olvidó sus cosas en el banco donde estaban sentados, pero a donde iba no las necesitaría más. Estaba nervioso, no por la posibilidad de hacerlo mal, si no por la posibilidad de no haberlo hecho bien hasta ese momento. Al fin, tras una larga temporada de idas y venidas, sabía dónde estaba su lugar.

Se subió a lo alto de un gran edificio en construcción. Estaba tan arriba, que podía ver las azoteas de otros edificios. Y sin pensar en nada, salvo el consejo de su amigo, Joseph se lanzó al vacío. Un vacío abismal, pero cuyo destino era el asfalto.

Fueron unas milésimas de segundo en las que la gravedad, aquella maldita fuerza que siempre retuvo a Joseph, hizo a la perfección su trabajo. Pero ni una de las cuatro fuerzas elementales del Universo fue suficiente como para detener a un hombre con voluntad. Joseph voló como si llevase toda la vida haciéndolo, estaba en su interior. Dio unas cuantas vueltas para estirar el cuerpo agarrotado.

En el cielo, entre las nubes blancas y hermosas, vio a otras personas como él, volando, desafiando a la terrible gravedad.

**Perfil del autor(a)** Guillermo Alonso Menchero está graduado en Estudios Ingleses por la Universidad Complutense de Madrid. Tiene dos novelas publicadas "El Banquete de los Extraños" y "Entre Arkansas y el Infierno", además de varios relatos cortos.

Contacto: [guilalon@ucm.es](mailto:guilalon@ucm.es)